

*A la ley del corazón,
a la pasión que decreta,
al edicto de los besos,
al amor por toda regla.*



1

Solo el movimiento del abrigo y de su negro cabello permite distinguir la figura de Isabel León de las pétreas imágenes que se alzan sobre las tumbas y los panteones.

Uno de enero.

El cementerio de La Carolina está más solitario que de costumbre.

Rachas de viento helado recorren las calles del camposanto rompiendo su quietud, agitando las sombras, gimiendo como si buscaran, furiosas, a un ser arrebatado.

La mujer lleva allí casi una hora, con la mirada fija en una lápida, repasando una y otra vez la caligrafía sencilla, elegante, con la que está cincelado el nombre de Laura.

Perdida en sus recuerdos, el tiempo se le pasa volando, tanto, que el guarda se le acerca para indicarle que van a cerrar.

El hombre lee la inscripción antes de dirigirse a la mujer: «Laura Casas Técler».

—Lo siento, señora: debe terminar su visita. Hoy, como es fiesta, tenemos horario especial. Los demás días, en invierno, cerramos a las cinco y media.

Isabel León tarda unos segundos en salir de su ensimismamiento y vuelve la cara hacia el individuo que le habla.

—Vamos a cerrar, señora. ¿Su hermana? —pregunta el guarda señalando la tumba.

—No.

—¿Un familiar?

Isabel se acerca a la lápida y pone su mano sobre el mármol a modo de despedida, sin contestar.

—¿Una amiga entonces? —insiste el hombre.

Ante el mutismo de la mujer, el encargado del cementerio decide no hacer más preguntas.

Isabel se dirige a la salida y comienza a recorrer, despacio, el camino que conduce de vuelta al pueblo.

Imaginaba que regresar a La Carolina removería su estado de ánimo. No en vano, las experiencias vividas entre sus rectilíneas calles fueron muy intensas y no siempre felices. Pero Isabel León no podía adivinar el terremoto emocional que comenzaría a experimentar tan pronto como se bajó del autobús.

2

El paseo de la Virgen sigue como siempre: bien cuidado, perfectamente adoquinado, con sauces, chopos y rosales creciendo en sus grandes parterres. Unos bancos metálicos recién pintados de blanco, bien sombreados, invitan a sentarse en los días de calor.

Laura siempre quiso ser enterrada, no quería ni oír hablar de las modernas incineraciones, recuerda Isabel. «Lo menos a lo que puede aspirar una persona es a dejar sobre la tierra un trozo de mármol con su nombre. Una piedra grabada señalando el principio y el final de una vida es lo único que queda de la mayoría de nosotros. Una lápida es como una postrera postal a la eternidad, y yo quiero escribirle a la eternidad», sentenciaba solemne. Después, en broma, suavizaba su enfática opinión: «¡Vamos, que quiero darles trabajo a los arqueólogos!».

Isabel tuerce la boca en una mueca que no llega a ser sonrisa. Hace mucho frío. Está congelada y acelera el paso recordando que ha quedado a comer con su prima Amelia.

La mujer alza su mirada hacia la derecha, por encima de las naves industriales que bordean un lado del paseo, hacia la sierra. A lo lejos distingue el cerro elevado wde Las Correntías. Al igual que todo el entorno, el cerro está sembrado de olivos; así lo delatan sus hileras bien trazadas, por encima de las cuales, cerca de la cumbre, sobresale una mancha homogénea de un verde más

vivo alrededor de una construcción que apenas deja ver, en la distancia, el blanco de sus paredes: son los árboles y la fronda que rodean el cortijo.

Isabel se detiene unos instantes para mirarlo mejor, sintiendo el viento helado azotándole la cara. Cierra los ojos. Desde que ha llegado al pueblo, le cuesta trabajo concentrarse en lo que pasa a su alrededor, la conciencia se escapa con pasmosa facilidad a lugares recónditos de su memoria, el pasado una y otra vez vuelve a anegar su cabeza.

La casa de Las Correntías era modesta en comparación con otros cortijos de Sierra Morena; tenía una parte noble en la que se alojaban de tarde en tarde los propietarios, y una pequeña dependencia, adosada al oeste, que en su día habitaron el encargado de la finca y su familia. Las estancias principales se reducían a un gran salón-comedor de amplios ventanales a la sierra, y tres desahogados dormitorios, todos orientados al agreste paisaje del monte. La zona de servicio incluía una gran cocina comunicada con las habitaciones principales, en la que prácticamente desarrollaban la vida los guardeses, así como un par de minúsculos cuartos que utilizaban para dormir, todo ello en una única planta baja. En el exterior, también al oeste, un cobertizo de madera se alzaba rodeado de corrales en los que solía haber gallinas, perdices y conejos.

Lo más hermoso de Las Correntías era el gran porche que daba al norte, a la sierra, un espacio diáfano de suelos de barro adornados con la letra hache de Hiniesta, cubiertos de un tejado de vigas de madera y tejas árabes. En la inmensa terraza, tan grande como el resto del cortijo, se distribuían sillones y sillas de mimbre llenas de blancos cojines, así como enormes braseros de bronce. Una gran mesa de madera, ahora arrimada a la pared, solía ocupar el espacio central cuando se organizaba algún tipo de reunión, casi siempre en torno a alguna cacería o a algún ojeo. Los invitados se reunían alrededor de ella para dar buena cuenta de las viandas que se preparaban para las ocasiones especiales: carne de monte adobada, embutidos de jabalí, aceitunas aliñadas y migas llenas de

tropezones, famosas en todo el pueblo por lo buenas que las hacía Antonio, el guardés.

Las Correntías se encontraban a unos diez kilómetros de La Carolina. El paraje resultaba encantador. Por la ladera sur se extendía un olivar con algo más de mil quinientos centenarios árboles que producían una buena cosecha, aunque no les tocara la vez. La parte norte, invisible desde el pueblo, conservaba la vegetación original, un hermoso bosque mediterráneo de matorrales, quejigos, encinas que descendía con suavidad poco más de doscientos metros hasta un riachuelo alegre que no se secaba ni en invierno ni en verano. En la época de lluvias el cauce engrosaba cuatro o cinco metros; entonces no quedaba otro remedio que apoyarse en grandes piedras situadas a propósito en el lecho para poder cruzarlo. El resto del tiempo el arroyo se separaba en dos hilos de agua estrechos, profundos, que daban nombre al predio. El río marcaba el límite de la zona cultivada; al otro lado comenzaba la vegetación propia de un gran coto de caza.

En los alrededores de la casa, algunos árboles, en su mayoría frutales, daban sombra y cobijo a numerosos pájaros que desde el amanecer trinaban sin cesar.

A Isabel, desde que su padre comenzó a pedirle que lo acompañara, le encantaba montarse en el coche para ir a la heredad. Era un trayecto corto, apenas quince minutos de carriles endemoniados, de baches y surcos profundos en los que parecía que el vehículo se iba a desguazar. Ella disfrutaba en el asiento de atrás, viendo cambiar el paisaje conforme dejaban atrás el pueblo y las huertas que lo circundaban. Pronto comenzaban a rodar entre perfectas hileras de olivas y no era difícil sorprender a una perdiz con sus polluelos o espantar una lechuza refugiada en las ramas de la luz diurna.

Las Correntías siempre albergaban la promesa de una diversión asegurada: observar los insectos que revoloteaban entre la vegetación, saltar por el mar de sacos para la aceituna que se amontonaban en el cobertizo o saborear un rosquito de anís de los que

preparaba Genara, una mujer bondadosa y afable que la trataba con un sincero cariño.

Con la mirada perdida en la sierra, Isabel levanta la solapa de su abrigo para protegerse del frío y del viento helado que baja con olor a bosque. Le gustaría saber por qué se desencadenan los acontecimientos de la vida, se pregunta si todo responde a un plan o si el azar se divierte jugando con los seres humanos.

«Dicen que cada cual puede escoger su propio camino, pero las personas nacen en mitad de una senda que no pueden desandar: la época en la que te toca vivir, el lugar donde naces, la familia a la que perteneces, el sexo, la herencia genética... No elegimos casi nada sustantivo, por eso es tan importante aferrarse y defender lo poco que queremos y podemos escoger», reflexiona Isabel.

«Qué fácil decirlo ahora», concluye la caminante, reconociendo lo mucho que siempre le costó tomar decisiones sobre la dirección de sus propios pasos.

3

Isabel mete sus manos heladas en los bolsillos de su abrigo. Llegará tarde a la comida si no acelera el paso, se reprende a sí misma, lo que pasa es que su pensamiento circula más deprisa yendo hacia atrás que sus pies hacia delante.

Mientras intenta caminar más ligero, la mente de Isabel recalca en aquel bonito sábado frío y luminoso de febrero, cuando Rafael León, su padre, le propuso subir al cortijo.

—Anda, vente conmigo. Todavía queda tarde para que des una vuelta por el campo.

Dicho y hecho.

Al llegar a Las Correntías, Isabel se fijó en algunas personas que, con permiso de la propiedad, hacían *la rebusca*: hurgaban en las olivas, con más esfuerzo que recompensa, cogiendo hasta la última aceituna abandonada en el suelo o prendida de las ramas después de la recolección.

La niña se sentó en una gran piedra que ponía fin al carril de acceso a las edificaciones impidiendo que los coches se acercaran innecesariamente a la casa y a los arriates en los que, con poco cuidado, crecían matas de lavanda y algunos rosales sin flor. Se estaba comiendo una gran chocolatina con forma de peseta gigante de las que le traían sus tíos de Madrid, cuando una niña pequeña,

con un cabello tan rubio como la leche, se le quedó mirando con sus grandes ojos azules.

Isabel pensó que sería hija de alguno de los jornaleros, se sintió incómoda degustando sola la enorme moneda de chocolate y partió en dos lo que le quedaba. Sopesó un poco las dos mitades entregando la de menor tamaño a la otra chiquilla, cuya carita se iluminó con asombro. Tardaron un minuto en dar buena cuenta de la chocolatina paladeando cada bocado. Al acabar de relamerse, ambas se rieron de las manchas que el dulce les dejó alrededor de sus labios. Isabel le dio también, a la otra niña, las platinas con forma de moneda, que apenas si se habían estropeado.

Entonces, la recién llegada cogió de la mano a la generosa desconocida y la llevó a un lugar recóndito en la parte de atrás de los corrales, donde un pilón grande, de desgastada piedra gris, en el que, antaño, solía beber el ganado, ahora se utilizaba como depósito para lavar, para regar o para refrescarse. El agua brotaba de una tubería de plomo que se elevaba desnuda desde el suelo y a menudo rebosaba, salpicando los alrededores, generando un reguero casi continuo, alrededor del cual crecían helechos, juncos y algunas cañas. La niña rubia le pidió silencio a Isabel, llevándose uno de sus dedos índices a la boca, le hizo señas para que se agachara muy pegada a los juncos, que crecían derechos y afilados como flechas dispuestas a defender la tierra de cualquier amenaza voladora.

La pequeña apartó con su mano unos matojos y detrás aparecieron media docena de pequeños patitos amarillo limón que apenas si se tenían en pie. Era una delicia ver cómo, con cómica torpeza, perdían el equilibrio una y otra vez: su madre se alejó en busca de comida y andaban despistados, tropezando unos con otros apenas con unas horas de vida.

Regalarle aquella estampa fue la manera en la que la niña del cortijo le agradeció a Isabel el chocolate. Las dos permanecieron allí un buen rato cogidas de la mano, sin mediar palabra, observando a los patitos, hasta que oyeron las voces de sus padres llamándolas con insistencia.

El dueño de la finca, que se despedía de los guardeses, se mostró sorprendido al ver a la pequeña que acompañaba a su hija.

—¡Qué grande está Laurita! ¡Cuánto tiempo sin verla!

—Y que lo diga, señor —le contestó Antonio—. Ha estado en el pueblo con su tía casi cuatro años, hasta que se le ha quitado la tosecilla con la que nació. Ya mismo tenemos que bajarla a la escuela, por lo menos para que aprenda a leer y las cuatro reglas.

—Harías bien en llevarla. ¿Y tu hijo Antonio? ¿Por dónde anda?

—Está trabajando en un hotel de Barcelona con mi hermano. Ya mismo hará la mili.

Más tarde, Isabel supo que Laurita, como su hermano Antonio, nunca fue a la escuela. Sus padres no podían permitirse el lujo de recorrer todos los días la distancia que los separaba del pueblo, y menos con una niña a costas. Por allí no pasaba ningún medio de transporte, el viejo mulo apenas soportaba ya el peso del arado, así que Laurita creció en el campo, sin más instrucción que las historias que le contaba su madre sobre vidas de santos y curiosas versiones bíblicas que de mayor le causaría hilaridad repetir.

En aquellos años nada de eso parecía importante, y menos para Isabel, niña también, que se aficionó a acompañar a su padre a Las Correntías con cualquier excusa.

Le gustaba la finca y, sobre todo, le gustaba jugar con Laurita.

La hija de los guardeses, en todas sus citas, guardaba sorpresas para su amiga. Es más, se diría que preparaba con antelación aquellos encuentros, aun sin saber cuándo se iban a producir, de forma que el tiempo se les pasaba volando.

Unas veces Laurita llevaba a Isabel al corral para ver los conejitos recién nacidos, que sabía coger con gran habilidad. La pequeña de los León experimentaba una sensación maravillosa cuando tenía en las manos aquellas palpitantes bolitas de pelo tan suave. Sentía su calor, sentía los latidos de sus corazoncitos acelerados; le gustaba acercar su tembloroso hociquito a su propia nariz e imitar sus simpáticos movimientos.

Otras veces Laura llevaba a su amiguita a recoger los huevos que las gallinas más veteranas ponían fuera del corral. Obser-

vaban a las aves mientras deambulaban, murmurando un tenue cacareo, picoteando el suelo, las seguían con sigilo por los alrededores de la casa hasta descubrir el lugar de la puesta, y entonces, con mucho cuidado, cogían los huevos y los depositaban en una pequeña cesta de mimbre.

En otras ocasiones, las amigas bajaban hasta los dos riachuelos que por capricho de la tierra discurrían en paralelo dando nombre al lugar. Tenían que bajar y subir rápido porque los mayores les regañaban si se iban tan lejos.

—¡Niñas! —les gritaba Genara—. ¡Como salga un jabalí vais a ver!

Rafael León nunca le permitió a su hija llevar ningún animalito a casa. Tal vez por eso mismo, por lo mucho que le gustaban el resto de las criaturas terrestres, Isabel siempre estaba deseosa de volver a Las Correntías.

Una vez, la perra vieja de los guardeses parió la que sería su última camada. Por su avanzada edad no tuvo fuerzas bastantes y no pudo alimentar más que a uno de los tres cachorrillos que nacieron moribundos.

Cuando Isabel regresó con su padre al cortijo, Laura corrió al encuentro de su amiga con el perrito superviviente entre los brazos.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Isabel mientras recibía al animalito, que apenas tenía un par de semanas de vida—. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Quiere que se lo pongas tú.

—Bueno. Vamos a ver... —La niña lo elevó entre sus manos poniéndolo a la altura de su propia cabeza para poder mirarlo bien—. Como tiene una mancha en el ojo que parece un parche, le llamaremos Pirata.

—¡Pirata!

Después de mucho rogar, las dos niñas consiguieron que Pirata se quedara a vivir en el cortijo y no fuera entregado a la rehala, donde Isabel sabía que los perros malvivían y mal morían hacinados en perreras infames, mal alimentados, en condiciones pési-

mas de higiene, expuestos a resultar heridos o mutilados en su peligroso choque con las presas. La perra guardiana estaba muy mayor, hacía falta un perro nuevo que se acostumbrara a la finca, argumentaron con éxito las chiquillas.

Aquel verano Isabel subió a Las Correntías prácticamente todos los sábados. Pirata crecía mientras jugaban a adiestrarlo, a enseñarle pequeños trucos infructuosamente, pues el perrito jamás aprendió cosa alguna pese a soportar los entrenamientos con gran docilidad. Cuando se volvió adulto, con poco más de medio metro de alto, se puso feo, se volvió un tanto gruñón con todo el mundo, menos con las niñas, de las que no se separaba ni un momento.

—¿Quién será el padre? —se preguntaban viendo la poca talla y el pelo gris, escaso, medio hincado, que lucía el animal.

—Debe ser hijo de un conejo —aseguraba muy seria Genara—. No va a servir ni para espantar a los zorros. Cualquiera de las gallinas nos prestará mejor servicio de vigilancia.

Pirata acabó haciéndose querer, vivió una larga vida cuidando la casa como si fuera un mastín, con unas malas pulgas que causaban respeto, y un buen corazón que se derretía en cuanto le pasabas la mano por el lomo.